

www.alfaguara.santillana.com  
Empieza a leer... La imperfección del amor

# La imperfección del amor

MILENA AGUS

Traducción de Celia Filipetto

ALFAGUARA



La familia de las tres hermanas ya era rica a principios del siglo XIX, cuando el rey vino a refugiarse aquí, en Cerdeña, tras la llegada de los franceses a Piamonte, pero todavía no era noble. Según dicen, el título le fue concedido porque un antepasado le había conseguido al rey, que siempre estaba de malhumor, despotricando contra Cerdeña porque era el «culo del mundo» y dando portazos en el Palacio Real, unas vajillas hermosísimas para que pudiera poner la mesa adecuadamente.

El palacio nobiliario se encuentra en el barrio de Castello y fue construido en el siglo XVII, de manera que ya existía en la época en que el tatarabuelo lo recibió como regalo del rey juntamente con el título. Se trata de un edificio que hace esquina. En



otros tiempos las tres fachadas pertenecían a la familia de las condesas, con dos entradas que daban a las calles más importantes del barrio, animadas por un trajín de tíos, tías, abuelos, primos, sirvientes y también médicos, porque la mamá de las condesas sufría del corazón.

A las nobles damas les han quedado dos de las tres fachadas, una da al callejón, y la otra, a la calle principal. (...)

Maddalena y Salvatore, su marido, que debían formar una familia numerosa, viven en la planta noble. Además de las ventanas que dan al patio interior, tienen un balcón a la calle y dos ventanas sobre el callejón, que desemboca en una plazoleta de Cagliari iluminada por la luz enceguedora del cielo y el mar.

Pero es en el gran patio interior, al que en otros tiempos daban las habitaciones menos nobles, donde las condesas poseen el mayor número de ventanas.

En el curso de los años el edificio sufrió una división tras otra a raíz de las quie-



bras y a la familia sólo le quedaron los apartamentos uno, tres y ocho, y para Noemi, la primogénita, sería una satisfacción readquirirlos todos antes de envejecer y morir.

En otros tiempos, en la casa de la condesa de mantequilla no vivía nadie, era un almacén de provisiones. Es oscura y fea, pero segura para su hijo Carlino, que desde que ha aprendido a caminar se escapa y corre por las callejuelas. Se escapa y echa a correr antes de que a su mamá le haya dado tiempo a limpiarlo. Con las comisuras de la boca siempre brillantes de algo que acaba de comer. Y su mamá detrás. Corre hacia los grupos de niños que juegan en las plazoletas y que nunca lo quieren. Su mamá lo encuentra y cuando ve que nadie se junta con su hijo, pone cara triste, después lo toma de la mano y se va caminando para su casa con la cabeza inclinada hacia un lado.

Noemi no traga a esos niños. Piensa que no se juntan con su sobrino porque lleva unas gafas que parecen de submarinista.



—Ya me las van a pagar —dice.

El título nobiliario de las tres hermanas no es en absoluto de Mantequilla. Así llaman a la más pequeña, porque es torpe, por tener manos de mantequilla y porque toda la realidad le hace daño a su débil corazón, que también es de mantequilla.

Cuentan que cuando era muchachita la reprendían, porque cuando en la casa precisaban algo no se podía contar con ella, pues estaba ayudando a algún pobre del vecindario, y decía que total ellos tenían de todo. Cuando llovía iba a los sótanos inundados de Castello a sacar agua con cubos, en cambio, si faltaba agua, llevaba bidones desde su casa, porque total en su casa ya tenían depósitos.

Según Noemi molestaba, porque no sabía hacer nada y con sus manos de mantequilla no hacía otra cosa que desordenar más los tugurios de aquellos pobrecitos. Pero ella regresaba a casa feliz si había ayudado a alguien. Asomaba con su delgadez por el hueco de la puerta alta y oscura del



comedor, los brazos cruzados, sin decidirse a entrar, porque quería disculparse por ser buena o quizá también por haber venido al mundo.

Hacía de canguro gratis cuando las madres de los niños iban a trabajar. Si después ni siquiera le daban las gracias y a lo mejor se mostraban frías con ella, se preguntaba: «¿Qué mal les he hecho yo?», y nunca pensaba que era buena. Al contrario. Pensaba que todo le iba mal precisamente porque no lo era y a Noemi le entraban ganas de estamparla contra la pared, a esa hermana estúpida.

Aquí, en Castello, mucha gente se ríe de ella, y si no se ríen, en cualquier caso, la critican. Lo que tiene gracia es que todos le recomiendan que se haga respetar y después son los primeros en tratarla sin ninguna consideración. Noemi la primera, porque no hace más que imponer su voluntad a gritos.

El vecino estaba allí desde hacía mucho tiempo, al otro lado del muro del patio, y ninguna de las tres hermanas se había fijado nunca en él. La idea había surgido una de



tantas veces en que la condesa de mantequilla se había sentido indispuesta. Menos mal que Maddalena, la segundogénita, estaba en casa, porque cuando la condesa llegó al portón, no había conseguido meter las llaves en la cerradura y se había puesto a tocar el timbre con insistencia. Maddalena había bajado y se la había llevado para dentro. Entre sollozos, mientras subían las escaleras, le había contado que en la calle se había cruzado con el hombre con el que había hecho el amor esa noche. Él iba hablando por el móvil y la saludó con un leve gesto, muy concentrado en la conversación, después había seguido su camino.

—No te merece. Quien no nos quiere no nos merece —trató de consolarla Maddalena.

—Pero a mí nadie me quiere.

—Eso significa que nadie te merece.

—¿Cómo es posible que yo sea tan superior a todos los seres humanos del mundo como para que ninguno me merezca?

—Vamos a mi casa y te preparo algo caliente.



—No sabes decir más que banalidades. No tomaré nada caliente y no comeré nunca más. Me quiero morir. No sabéis decir más que banalidades.

Esa tarde, después de recoger a Carliño en el parvulario, Maddalena se había encontrado delante del portón al vecino justo cuando llegaba en su Vespa. Al verla, había frenado de golpe y se había quitado el casco.

—La fachada interior de su casa se viene abajo —le había dicho—, se cae el revoque y de los frontones de las ventanas se están despegando las caras de esas mujeres tristes.

—Son caras de ángeles —lo había corregido Maddalena.

El niño le había quitado el casco de las manos, se lo había puesto y se había ido corriendo. Su tía lo había perseguido, pero el vecino había alcanzado al niño y lo había montado en su Vespa.

—Agárrate bien a mí, que vamos a dar una vuelta.

Maddalena se había quedado esperándolos en el portón y ellos habían recorrido



la calle La Marmora, la calle de los Genovesi, la calle Santa Croce, habían pasado debajo de la Torre del Elefante, en la calle Università, y después habían subido por el paseo de Terrapieno, hasta la torre de San Pancrazio, y habían vuelto a bajar al barrio de Castello hasta casa.

—El casco te lo regalo —le había dicho a Carlino—, pero con una condición, que lo lleves puesto cuando juegues en el jardín. Siempre. ¡Venga esa mano!

El niño se había ido corriendo para dentro.

—Por lo menos él se salva. No es ninguna broma si les llega a caer en la cabeza un trozo de cornisa o una ventana. No se lo tomen a la ligera, su fachada se ve bien desde mi casa.

—Se lo agradezco. De veras. Por desgracia, ya lo sabemos, la cosa es que nos hemos acostumbrado y esperamos que no pase nada hasta que tengamos la posibilidad de arreglarla.

El vecino había arrancado otra vez su Vespa y se había marchado.



Maddalena había ido a toda prisa a casa de la condesa, que seguía ovillada en un rincón.

—A lo mejor he encontrado un hombre que podría merecerte.

Pero la condesa se había tapado las orejas con las manos para no oírla.

—Un hombre bueno. Como tú, que eres la persona más buena que conozco. Seguro que él te merece.

—¿Quién?

—Ese señor que vive al otro lado del muro. Nos lo hemos cruzado en la calle. Ha llevado a Carlino a dar un paseo en Vespa y le ha regalado el casco, para cuando vaya a jugar fuera. Está preocupado por nosotros. Por la fachada interior, que se cae a pedazos. No le he visto la alianza en el anular izquierdo. Las otras veces que me lo encontré me había llamado la atención porque era muy gorda y brillante. Y, ahora que lo pienso, no he vuelto a oír el sonido del violín en sus ventanas, sólo el ruido de la radio y la televisión siempre encendidas. Y a esa señora hermosísima tampoco la he vuelto a ver, esa



que a veces regaba y podaba, y ahora el jardín está lleno de hierbajos.

—Pero esa señora era hermosísima.

—No me has dejado acabar. Cuándo vas a aprender a dejar que la gente termine de hablar sin interrumpir. Esa señora era hermosísima, sí, pero, primero, ahora ya no está, segundo, la suya era una belleza, cómo te diría yo, banal, tercero, era mala. Y él no quiere volver a saber nada de ella, a tal punto que se ha quitado el anillo del dedo y ha dejado que el jardín se llene de hierbajos del odio que le tiene a las flores que ella cuidaba.

Desde entonces la condesa de mantequilla no hace más que pensar en el vecino, feliz de que el destino se lo haya regalado a dos pasos de casa, e inventa estratagemas para superar esa linde entre un patio y otro, como plantar flores improbables en el parterre que consiguió cavar a la vera del muro, que al cabo de un minuto crecen exuberantes y pasan al otro lado, para que ella pueda asomarse y regar. (...)



Maddalena y Salvatore no tienen hijos. Es lo que más desean en la vida. Pero tienen un gato listado, como un cachorro de tigre, chiquitísimo, que se llama Míccriu. Lo tratan como a un niño, aunque Míccriu no está por la labor de pasar por humano y quizá estuviese mejor antes, cuando en lugar de la cesta de mimbre y la cubeta y todas esas pelotitas y pajaritos de juguete, sólo era dueño de las rayas de su pelambre.

En cuanto a lo del niño, no han perdido las esperanzas, porque ninguno de los dos está enfermo. Eso han dicho los médicos. Y cada vez que hacen el amor podría ser el momento bueno. Pero los niños no quieren venir y precisamente porque son dos personas perfectamente sanas, nadie sabe cómo curarlas. Tratan de vencer esa



misteriosa imposibilidad de dar vida que llevan dentro con la comida y el sexo. El marido dice que su mujer tiene un cuerpo de estrella del porno, porque es bien pechugona, tiene cinturita de avispa, vientre plano, culo redondo, piernas largas.

Se gustan con locura. A lo mejor están almorzando y él le pide que le enseñe las tetas. Ella lleva siempre esos sujetadores que se abren por delante, así que se desabrocha la camisa y las tetas quedan sueltas, al aire, enormes y firmes. Entonces él se levanta de la mesa y se las chupa, y así dejan de comer y se van para el dormitorio.

Es la habitación más bonita de la casa, un espacio amplio con pinturas en los techos y el suelo con las refinadas baldosas de la fábrica Gerbino en colores verde, celeste, amarillito, rosa, las ventanas altas, cada una de ellas metida dentro de una hornacina, una cama inmensa de hierro forjado con sofisticados arabescos y la colcha de brocado, un espejo de paneles. Delante del espejo hace *strip-tease* para el marido, a veces incluso con música, porque hizo un curso



de baile y se le da muy bien. A ellos también les gusta hacer el amor en el coche. Ella se levanta la falda y le muestra que lleva ligero pero no las braguitas. Estén donde estén, se paran y después les entran ganas de cantar, porque se sienten bien, pero además porque a lo mejor Maddalena se ha quedado embarazada.

También les gusta hacer el amor en la playa del Poetto. Salvatore no trabaja los sábados y por la mañana temprano, antes de que llegue nadie, se van a dar un paseo por la playa. Cuando se cansan, se tumban en la toalla y Maddalena lo provoca en todas las formas posibles y se embadurna los pezones con crema o le roza con el dedo el *lingam*, como llaman a la polla en el Kamasutra, después lo toma de la mano y hace que le acaricie con un dedo su *joni*, como llaman el coño en el Kamasutra, hasta que a él el *lingam* se le pone duro de un modo indecente y tiene que tumbarse boca abajo si, por casualidad, llega alguien.

Los días prohibidos para Maddalena y Salvatore son los más tristes, porque tam-



